

OTRAS RAZONES

CHOCHÉZ NACIONALISTA DE PUJOL

Las personas con mucha voluntad de poder político tienen, al parecer, mayor aliciente biológico para prolongar su vida. Es posible que sólo se trate de una cuestión genética. La ciencia hormonal dirá por qué es tan frecuente que la longevidad sea mayor en las vocaciones incandescentes. Los artistas, religiosos, científicos, filósofos y políticos suelen vivir más tiempo que las personas de su generación dedicadas a otras profesiones con ley de jubilación social. El fenómeno ha sido visto y comentado desde la antigüedad. Pero no conozco un estudio específico o una reflexión de interés sobre el hecho, también constatable, de que sólo la ambición de poder —comparada con las que aumentan la calidad de la obra creadora durante la ancianidad— acorta la vida de la razón y del entendimiento en la misma medida en que alarga la vida política en el cargo estatal. La senilidad de la razón, esa triste ley de jubilación biológica que hace buena a la muerte, aparta de su misión en el mundo a los privilegiados que pueden escapar de la jubilación profesional forzosa, menos al político gobernante. Tal vez porque un cierto grado de vejez prematura, en las vocaciones políticas de tantísimas épocas de conservación, ha llevado a tomar por madurez la chochez de los mandamases duraderos.

Traté al Presidente de la Generalitat con afin simpatía, cuando la oposición al franquismo nos hacía idealmente jóvenes. De todos los políticos de aquella oposición, fundamentalmente táctica, a la que llegué a conocer tan bien (Gil Robles, Sainz Rodríguez, Carrillo, Ruiz-Giménez, Calvo Serer, Tierno, González...), el único con el que podía entretener conversaciones de estrategia, sobre la acción opositora de la libertad en la configuración del futuro Estado democrático, era el inteligente catalanista Jordi Pujol. En los primeros años de su Presidencia no criticé la estrechez de su nacionalismo, que yo atribuía a un patriotismo egoísta de partido, porque confiaba en el despertar de su sentido de la libertad, para reconducir el catalanismo hacia metas más generosas y universales, a través de España. Pero su apoyo parlamentario a la corrupción y al crimen de Estado, para la «governabilidad» de España, mostraba que su envejecimiento en el poder había embotado, en su corazón, toda fibra de sensibilidad moral y, en su cabeza, todo atisbo de inteligencia de la libertad política. Por eso no me ha extrañado que ahora, atrofiada ya su razón en esta insensata transición, llegue hasta el extremo de no renovar la licencia de las emisoras de la COPE, por la tonta extravagancia de que la libertad de expresión no es la libertad para mentir. Sólo la chochez explica, en él, tal disparate.

La dictatorial decisión de Pujol no ha sido sostenida con valor cínico (en Cataluña no habrá lugar para medios de comunicación «españolistas»), ni con hipo-



cresía inteligente (la democracia exige no concentrar las emisoras de radio en grandes cadenas), sino con la vieja dogmática religiosa que reduce la libertad de expresión a la necesidad de decir la verdad, confun-

diéndola con la libertad de conciencia. Si la libertad es lo contrario de la necesidad, la libertad de expresión en sentido estricto es la libertad de mentir. Una persona veraz no es libre ante la verdad, sino su esclavo. La coacción de la verdad es irresistible. Si las leyes protegen la libertad de expresión no es para defender la verdad contra la mentira, sino para permitir que, sin miedo, se pueda hablar bien o mal de un tipo de poder que, por su propia naturaleza, tiende a premiar la adulación y a silenciar o punir la crítica. En Cataluña no hay libertad de expresión porque hay temor a discrepar de Pujol. Único criterio de la verdad y único ser verdadero, cuya teocracia nacionalista pagana ha silenciado políticamente a la Iglesia, ¡en virtud del octavo mandamiento!

Antonio GARCÍA TREVIANO

PINTADO DE ROJO



De repente, la comicidad se ha abierto paso en los telediciarios, interrumpiendo las patéticas imágenes del drama yugoslavo y la irritante sucesión de fanfarronadas-mentiras de los jefes de la OTAN. No otra cosa ha representado la aparición del Sr. Fischer empapado en pintura roja, así como la noticia de los cuatrocientos espías cuyos nombres fueron lanzados a la luz pública —aunque sólo fugazmente— en Internet, o la información según la cual en una localidad navarra, donde la UPN gozaba de mayoría absoluta en el Ayuntamiento, tal Partido no puede concurrir a los próximos comicios por haber olvidado sus responsables presentar su candidatura. ¿Pensaron quizá que habían llegado a la categoría de cargos vitalicios? Y es que las tres noticias se prestan a sabrosos comentarios, aunque sólo me es posible detenerme en la primera de ellas. Quizá pueda parecer de un mal gusto cruel regocijarse con la imagen propia de las primeras películas cómicas, del Sr. Fischer luchando con la carmesí pintura, mientras, según refiere la prensa, las señoras presentes en la mesa, repentinamente provistas de toallas, rápidamente limpiaron el mueble y el ministro, lo cual muestra una vez más lo poco repartidas que se encuentran las

tareas del hogar en nuestra sociedad, ya que no se dice que los caballeros colaboraran en tales tareas, sobremanera urgentes. Y, ciertamente, si tenemos en cuenta que el Sr. Fischer ha sido hospitalizado, al parecer con rotura de tímpano, tal acusación de falta de piedad aparenta tomar fuerza. Pero por mi parte me permito suponer que se trató sólo de un «daño colateral» y que la intención del agresor era simplemente poner en evidencia a tal personaje. El cual ha cambiado la vieja chaqueta del pacifismo, otrora propugnado por los verdes, por la guerrera militar, al apoyar de hecho —por más que teóricamente pretenda buscar una solución negociada— la tan cruel como torpe e ilegal acusación de la OTAN, que tal número de víctimas enrojadas, no precisamente por la pintura y tamaño destrucción de las fuerzas productivas y del medio ambiente —cuya defensa era también objetivo de su movimiento— está produciendo. Al llegar a este punto en nuestra reflexión, la comicidad se va disipando para pasar a apremiarnos con una importante pregunta: ¿qué le ha pasado a una parte importante de la izquierda —o a quien como tal se presentaba— para convertirse en los ejecutores de la política de la derecha? Podemos recordar que en España el PSOE se opuso a la guerra de Cuba y a la de Marruecos. Aunque también es necesario tener en cuenta cómo, al desencadenarse la Guerra Europea, los socialistas se olvidaron del internacionalismo proletario para lanzarse al chauvinismo bélico. Ahora, con mayor deterioro aún, se convierten en servidores del imperialismo estadounidense y en liquidadores de la tímida democracia internacional, intentada tras la II Guerra Mundial. Cuando la OTAN se erige en poder omnímodo, arrogándose el derecho a intervenir bélicamente donde se le antoje, sin contar con el Consejo de Seguridad de la ONU, en el mayor golpe militar de la historia, cuando en semejante línea, tras querer imponer a Yugoslavia —como ya ahora se ha sabido— en los acuerdos de Rambouillet la ocupación impune de su territorio, se lanza a la destrucción de este país, con el pretexto de defender a una minoría étnica, a la que está hundiendo en la peor de las situaciones imaginables, son los socialistas y los verdes en Alemania los que se encuentran en el poder. Con un socialista erigido en Secretario General de la OTAN y con gobiernos de titulación social-demócrata apoyando entusiásticamente estas acciones. Uno de los graves «efectos colaterales» del bombardeo sobre Serbia está siendo esta ridiculización de la izquierda de tradición socialdemócrata y verde. Podríamos preguntarnos si no ha sido un efecto intencionado. En estos momentos la división entre la derecha y la izquierda pasa decisivamente por la actitud ante la OTAN. Frenar su arrolladora política despótica e incluso llegar a su disolución es capital para que en el mundo se desarrolle la democracia y la legalidad en las relaciones internacionales. Pero, desgraciadamente, en tan amplia área de lo que fue izquierda, sólo suenan con sentido algunas voces aisladas y marginadas, como la de Lafontaine. Es la consecuencia de una larga descomposición ideológica, del viaje hacia el centro, en que sólo queda, a la postre, la voluntad de poder. ¿Cuándo las bases más honestas van a levantar su protesta, como lo ha hecho un sector de los verdes?

Carlos PARÍS

CUESTIÓN DE TIEMPO

El futuro del aeropuerto de Barajas, que pasa por más que apuros, parece sin embargo despejado en los documentos de planificación, al menos hasta bien entrado el próximo siglo. Con la construcción de dos nuevas pistas, hay Barajas para rato, hasta, según parece, el año 2025. Y, además, hay tiempo y proyectos suficientes para construir otro aeropuerto, en Campo Real o donde sea necesario.

Si las cosas llevan su ritmo, este mismo verano podremos ver el nuevo plan director del aeropuerto (los planos de la ampliación y sus efectos) y, antes de fin de año, pueden estar resueltas todas las alegaciones. Malo sería que no ocurriese así porque, según le

ha dicho el espía a Juan Bravo, si se opta por dilatar las cosas y elegir soluciones poco eficaces (para primar otros proyectos), hay quien está ya en la línea de salida y calentando motores para arrebatar a Madrid su privilegiada posición como cabeza de puente para los vuelos de América.

En cuanto Madrid se detenga, se puede poner en marcha un nuevo macroaeropuerto que un grupo de inversores privados planea construir junto a Lisboa. Si no han empezado las obras es porque un Barajas con futuro es una competencia demasiado fuerte y no habría negocio para los dos.

Juan BRAVO

